

A papel bien sabido, no hay cómico malo

Jesús Campos

ACTOR /ACTRIZ.- Tengo que volver. Lo siento. Créame que lo siento. No... no me gusta molestar. Detesto crear complicaciones. Y que no quisiera ponerme en evidencia, no lo soporto; aun así... Puede que le parezca extraño, pero, pese a mi profesión, yo suelo pasar inadvertido. En mi vida privada, me gusta pasar inadvertido. Conque figúrese hasta qué extremo lo que ha ocurrido es realmente grave.

Es mi público. No puedo despedirme así. Tengo que volver. Y no es un pretexto, no. Ni una argucia. Ah, no no, no es una argucia, créame; no es una argucia para volver. Es, simplemente, que tengo que volver.

¡Qué diría mi maestro! ¿Se imagina? Farfullé. Yo, que no he farfullado en la vida, farfullé. Y no farfullé con la efe, no; farfullé con la eme. Mire que es difícil farfullar con la eme; pues farfullé con la eme.

Yo he visto compañeros -gente muy buena, no vaya usted a creer- que al decir «fricciones frenéticas», pues les salía algo así como «fifiones fenétricas». Son cosas que pasan. A cualquiera le puede pasar. Bueno, a mí nunca me pasó. Pero que es normal. Ahora, farfullar con la eme, eso no se lo he visto ni a... Tranquilos, que no daré nombres.

«Me». ¿Se imagina?: «memué». Y salió una cosa así, cóncava y solemne; orgánica, diría yo. Pero orgánica, no de organicidad; orgánica de órgano: «memué»; vamos, catedralicia. Odio la ampulosidad. Yo soy un actor humilde. Genial, sí, pero humilde. Y ahí me tiene, en medio del escenario, diciendo «memué» como si fuera un actor del siglo XIX. Con todos mis respetos para los actores del siglo XIX, que solo me faltaba empezar haciéndome enemigos no más llegar.

Y lo dije. Lo advertí. Es más, figura en contrato: exijo ensayos. Si se introduce alguna modificación en el texto o cualquier otro cambio del tipo que sea, yo exijo ensayos. No es frecuente, lo sé, pero yo soy así. Y lo siento por la empresa, porque ya sé que eso tiene unos costos, pero, bien visto, es un gasto mínimo que, si no se hace, a la larga, va en perjuicio de todos.

O si no, ahí lo tienen: en el momento final, voy y farfullo. Bueno, farfullo en el comienzo de la frase, que el final ni se oyó. «Hhh» Nada. «Hhh» ¿Lo oye? «Hhh» Pues eso, ni se oyó. ¿Se lo puede imaginar? Me quedé sin aire. Una frase de tres sílabas, y en la tercera me quedo sin aire. Con lo que me costó aprender a respirar con los riñones, y va y me falla el fuelle. Vamos, ni en las peores pesadillas me había pasado una cosa así.

Y es que, por pequeño que sea, si hay un cambio, se avisa, se ensaya y punto. Por eso mi insistencia en volver, que no es por otra cosa. Lo entiende, ¿no? Yo... yo sé que habrá gente que inventará pretextos, pero no es mi caso. Como también me consta que ha habido ocasiones en las que se autorizó. De hecho, he visto películas en las que se autorizaba el regreso por motivos que eran verdaderas majaderías. Claro, que eran películas americanas. Pero lo autorizaban. Y esto, aunque pueda parecer un tema menor, puedo asegurarle que no lo es. Para mí, desde luego, no lo es.

Mire, yo no sé si habré sido un actor bueno, malo o regular -que no es que no lo sepa, pero vamos, que no me corresponde a mí decirlo-; ahora, lo que, desde luego, sí he sido es un actor bien ensayado. Yo, en el escenario, no digo nada ni hago nada... ¡Ah! Porque esa es otra: los movimientos. Que no es que farfullara y me tragara el «Hhh»; es que además me di un costalazo que mire cómo tengo la espalda.

Y anda que no habré caído yo veces en escena. Pero como si nada. El cuerpo relajado; un poquito de tensión en el cuello, eso sí, para poner a salvo la nuca; controlar los muebles... Elemental. Y caer compacto, armónico. Bien. Vamos, que da gusto verte caer. No que he roto la mesita del teléfono, he tirado los vasos de güisqui, que los he puesto a todos hechos una pena... En fin, lastimoso.

Alguien en la primera fila dijo: «neorrealista». Aunque para mí, que lo decía con retintín.

Y con esto no quiero culpar a nadie. Si ha pasado, ha pasado. Ahora, eso no quita para que el público tenga derecho a una reparación. Y que no puedo tirar mi carrera por la borda. Compréndalo. Además, yo me atengo al contrato. Exijo ensayos. Hay un cambio, por pequeño que sea, y yo exijo ensayos.

Hasta ahora, cada día, acababa mi interpretación diciendo: «Me muero»; pero no me moría. ¿Se da cuenta de la diferencia? No me moría. «Me muero»: alto y claro; con su cosa, rompiendo la voz, interpretando; pero no me moría. Soltaba los músculos, con un poquito de tensión en el cuello -y a sabe, por la nuca-, y daba gusto verme caer. No que hoy, sin avisar -y que conste que yo miro tablilla todos los días-, pues eso, sin avisar, no solo digo «Me muero», sino que, además, me muero de verdad.

¿Ha oído alguna vez una cosa tan absurda? Yo no me he muerto nunca. No sé cómo se hace. En teoría, tenía que haber quedado perfecto, pero ya, ya. Mire, no sé la gente cómo se morirá, pero un actor necesita ensayos. Ya ya, ya sé: la improvisación. Me gustaría ver a mí a esos de la improvisación en una situación así. Aunque tampoco hay que imaginar demasiado: farfullan, se quedan sin aire y se dan el costalazo. Que esto es sota, caballo y rey.

En fin, no le molesto más, que la cosa es muy sencilla y no precisa mayor razonamiento. Quiero repetir la escena, porque en esto del teatro, el secreto está en el ensayo. Que ya lo decía mi abuelo: «A papel bien sabido, no hay cómico malo».

Mirones (Cantabria), agosto de 2002.